

Claudio
Bolzman

Reflexiones sobre la perspectiva intercultural a partir de la figura del extranjero

Resumen

¿Qué significa ser extranjero? ¿Cuáles son los mecanismos que se articulan para que una persona se perciba a sí misma, o sea percibida por los demás, como extranjera? ¿Cómo se puede dejar de ser extranjero? Responder a estas preguntas de manera explícita puede ayudar a profundizar los posicionamientos y los límites que supone la perspectiva intercultural. Este artículo se interesa por estas cuestiones apoyándose en los trabajos de cuatro autores, procedentes de la sociología, pero que se caracterizan por su apertura interdisciplinaria: Alfred Schutz, Georges Simmel, Norbert Elias y Abdelmalek Sayad.

Palabras clave: Extranjero, Interculturalidad, Inmigrante, Alteridad, Diferencia, Complejidad

Reflexions sobre la perspectiva intercultural a partir de la figura de l'estranger

Què significa ésser estranger? Quins són els mecanismes que s'articulen perquè una persona es percebi a si mateixa, o sigui percebuda pels altres, com a estrangera? Com es pot deixar de ser estranger? Respondre aquestes preguntes de manera explícita pot ajudar a aprofundir els posicionaments i els límits que suposa la perspectiva intercultural. Aquest article s'interessa per aquestes qüestions tot fonamentant-se en els treballs de quatre autors, provinents de la sociologia, però que es caracteritzen per la seva obertura interdisciplinària: Alfred Schutz, Georges Simmel, Norbert Elias i Abdelmalek Sayad.

Paraules clau: Estranger, Interculturalitat, Immigrant, Alteriat, Diferència, Complexitat

Reflections on the Intercultural Perspective on the basis of the Figure of the Foreigner

What does it mean to be a foreigner? What mechanisms are articulated for in order for a person to perceive herself, or be perceived by others, as a foreigner? How can you stop being a foreigner? Answering these questions explicitly can help us deepen our understanding of the positions and limits that make up an intercultural perspective. This paper addresses these issues by drawing on the work of four authors from the field of sociology who are characterized by their interdisciplinary openness: Alfred Schutz, George Simmel, Norbert Elias and Abdelmalek Sayad.

Keywords: Foreigner, Intercultural, Immigrant, Otherness, Difference, Complexity

Cómo citar este artículo:

Bolzman, C. (2013). "Reflexiones sobre la perspectiva intercultural a partir de la figura del extranjero". *Educación Social. Revista de Intervención Socioeducativa*, 54, p. 49-60



¿Qué significa ser extranjero?

- ▲ ¿Qué significa ser extranjero? ¿Cuáles son los mecanismos que se articulan para que una persona se perciba a sí misma, o sea percibida por los demás, como extranjera? ¿Cómo se puede dejar de ser extranjero? Estas preguntas están presentes de manera implícita en la perspectiva intercultural, pero son rara vez tratadas de manera explícita. Sin embargo, interesarse en estas cuestiones puede ser pertinente para clarificar y profundizar los posicionamientos y los límites que presupone la perspectiva intercultural.

De hecho, los enfoques interculturales nacen como una respuesta crítica a los enfoques asimilacionistas (Bolzman, 2002; 2009). Para estos últimos, el extranjero es aquel que es diferente, el Otro por definición, y para dejar de ser extranjero debe borrar sus diferencias, convertirse en similar a los miembros del grupo mayoritario. En cambio, desde la perspectiva intercultural, el extranjero es aquel que no es reconocido en su diferencia. Para dejar de ser extranjero, no se trata de borrar las particularidades, sino de permitir que el reconocimiento de la diferencia sea algo legítimo, en el marco de una construcción social común.

Desde esa perspectiva, las investigaciones interculturales se esfuerzan en destacar las lógicas de los actores definidos como Otros, en deconstruir las visiones que los actores mayoritarios tienen de los Otros, en analizar las situaciones conflictuales, en clarificar los malos entendidos con el fin de hacer posible la comunicación, la negociación, el compartir mundos comunes (Cohen-Emerique, 2011).

¿En qué medida los autores *clásicos* que han trabajado sobre la figura del extranjero comparten las ideas de los enfoques interculturales sobre lo que es un extranjero y sobre cómo se puede dejar de ser extranjero? ¿Cuáles son las pistas de reflexión que esos autores pueden inspirar?

Para responder a estas preguntas he optado por apoyarme en los trabajos de cuatro de estos autores, provenientes, principalmente, de la sociología, pero que se caracterizan por su apertura interdisciplinaria; ellos han elaborado pistas complementarias que me parecen pertinentes para entender cómo se produce socialmente al otro. Se trata de Alfred Schutz, Georges Simmel, Norbert Elias y Abdelmalek Sayad. Fuera de su reconocido valor intelectual, estas cuatro figuras sufrieron en carne propia la situación de extranjería y elaboraron, a partir de sus propias experiencias y de un cuadro teórico más amplio, sus reflexiones sobre el tema. Schutz y Elias fueron perseguidos en Alemania por el régimen nazi y debieron exiliarse y buscar refugio en otros países. Sayad conoció el colonialismo francés en Argelia y vivió el resto de sus días como inmigrante en Francia. Simmel, el mayor de los cinco, fue quizás quien conoció menos sobresaltos, pero fue un gran viajero.

Schutz explora la figura del extranjero a partir de la fenomenología social. Para él, extranjero es quien no comparte el sentido común del grupo en el que participa. Para Simmel, que adopta un enfoque interaccionista, el extranjero representa la figura de la movilidad en un mundo sedentario; el extranjero es quien participa de la vida de un grupo bajo la forma de la exterioridad. Según Elias, al extranjero hay que buscarlo en las relaciones sociales de interdependencia y lo que le interesa es cómo el igual, el próximo, es puesto a distancia, a fin de justificar formas de jerarquización social. Finalmente, Sayad retoma el tema de la movilidad de Simmel, pero desde el punto de vista del estructuralismo genético; para él, extranjero es quien se desplaza hacia espacios que han sido construidos institucionalmente como ajenos y hacia los cuales no debiera ir.



Luego de presentar estas diversas perspectivas, discutiremos, en la conclusión, los aportes de estos autores que pudieran ser de interés para el enfoque intercultural.

La perspectiva fenomenológica de Schutz

Según Alfred Schutz (1964), para comprender qué es ser extranjero, es necesario partir de la experiencia de esa condición, hay que ponerse en el lugar del que la vive. De acuerdo a ello, el punto central de esa experiencia reside en el hecho de que el extranjero se percibe como un extraño (*stranger*¹), es decir, como alguien que no comparte el sistema de pertenencia, ni la trama de significaciones del grupo al cual trata de incorporarse, y por el simple hecho de haber sido socializado en otro contexto. El sentido común (trama de significados compartidos, conjunto de saberes prácticos), desde el punto de vista de quien se incorpora tardíamente al grupo, constituye un todo incoherente, confuso, relativamente contradictorio, en contraste con el sentimiento que acompaña a los antiguos miembros: coherente, claro y consistente, en orden a la realización de los fines prácticos que se persiguen.

El inmigrante constituye el ejemplo característico de quien vive este tipo de situación, pero el análisis puede aplicarse más ampliamente a toda persona que deja el grupo sociocultural en el que participa habitualmente y que debe o desea incorporarse a uno distinto del suyo. Los esquemas culturales prefabricados, que para los miembros del grupo aparecen como naturales e incuestionables, para el extranjero aparecen como artificiales. Su manera de pensar habitual (*thinking as usual*) no coincide con la manera de pensar de los demás, en tanto que él no formó parte de la tradición dinámica que contribuyó a forjar esos esquemas. Las recetas dignas de confianza —repetidas incesantemente por el grupo y orientadas a funcionar en la vida cotidiana y a comprenderse mutuamente— al extranjero le parecen poco claras ya que

no forman parte de su historia. El recién llegado interpreta el nuevo vínculo societario a partir de su pensamiento *habitual*, el que se comprueba como inadecuado e ineficaz. El problema radica en que el extranjero no es un observador desinteresado, sino alguien que quiere participar –formar parte– de la vida del grupo al que llega; necesita, por tanto, interiorizar las nuevas reglas para que su acción sea pertinente. No es que carezca de conocimientos acerca del grupo, lo complejo de su situación consiste en que su saber deviene estereotipo en tanto que fue adquirido para interactuar con los miembros del grupo de origen y no con los del nuevo.

Pero aunque el extranjero pueda conocer, eventualmente, al nuevo grupo, carece de un esquema interpretativo general capaz de orientarlo en un entorno hasta ayer desconocido. Para comprender la unidad de significado de los esquemas culturales a los que se enfrenta, debe traducirlos a partir de esquemas habituales de interpretación, con toda la incertidumbre que ello implica: comprender los códigos del grupo es para él como aprender un nuevo idioma. Puede adquirir relativamente rápido las reglas explícitas, pero le cuesta mucho más captar las normas implícitas: el extranjero es, precisamente, quien no comprende los subentendidos. Esto lo hace diferente de los otros miembros del grupo, los cuales no necesitan explicitar su modo de interactuar ya que sus acciones llevan la marca de lo habitual, de los automatismos, de la semi-consciencia; su modelo cultural les proporciona soluciones típicas listas para resolver problemas típicos enfrentados por actores típicos.

El nuevo sentido común no constituye para él un instrumento para resolver problemas, sino un problema en sí mismo

Al extranjero, en cambio, no le basta con un saber vago e implícito, necesita disponer de un conocimiento explícito, le es imprescindible averiguar el porqué de las cosas; a la inversa, si no accede a respuestas claras, deberá conformarse a un conocimiento superficial, a una pseudointimidad, a una pseudotipicalidad, deberá resignarse a no estar nunca seguro si sus actos son correctos o si ha comprendido cabalmente las circunstancias que lo rodean. Bajo esta perspectiva, el extranjero es quien no percibe el modelo cultural del grupo al que desea incorporarse –contrastándose con quienes han sido socializados en ese modelo– como un refugio, sino como una zona de aventura. El nuevo sentido común no constituye para él un instrumento para resolver problemas, sino un problema en sí mismo.

Esta situación sella su distanciamiento de lo que Schutz llama los *ídolos de la tribu*; a partir de este momento, experimentará una cierta exterioridad hacia todo modelo cultural, cuya eficiencia relativiza como espacio de protección, ya que ha sufrido en carne propia la rigidez de los modelos y ha comprobado sus límites para solventar los cambios. Bajo estas premisas, el extranjero se convierte en un ser marginal (Park, 1928), vive entre dos modelos culturales, sin adherir a ninguno de ellos si de lo que se trata es de encontrar amparo en un refugio; ambos modelos se asemejan a un laberinto a través del cual debe circular. Su adaptación al nuevo grupo será un proceso de investigación continua. Si tiene éxito podrá incorporarse plenamente al grupo y dejará (hasta cierto punto) de ser extranjero, algo bastante inusual para quien emigró ya adulto.

En otro ensayo, esta vez sobre la figura del retornado, Schutz (1964b) agrega que el individuo que regresa a su país después de una larga ausencia, ya no ve como naturales –al menos durante un tiempo– los códigos sociales que le parecían evidentes antes de partir; la falta de interacción regular con los demás produce la sensación de extranjería: una vez que se ha sido extranjero, es difícil dejar de serlo completamente.



La perspectiva interaccionista de Simmel

Como Schutz, Simmel se interesa también en la figura del extranjero, pero lo hace a partir de un sentido diferente. Para Simmel (1979), lo prioritario no es la dimensión sociocognitiva, es decir, la manera que tiene el extranjero y el autóctono de percibir la realidad social, sino la relación específica que se establece entre ellos y que define al primero como un extranjero y al segundo como autóctono. El extranjero, al trabar contacto, aparece como figura de la movilidad, que se distingue de su reverso, el sedentarismo, encarnado por el autóctono. En efecto, según Simmel, el extranjero es quien se percibe a sí mismo, y es percibido por los demás, como un viajero potencial; quien se instala en un lugar del que podría marcharse en seguida: lo comparte sólo provisoriamente con los demás. Esto implica que, para los que se consideran miembros incuestionables del grupo, el extranjero forma parte también de él, pero bajo la forma de la exterioridad. Se trata de alguien cercano y lejano a la vez: vive con los otros sin ser como ellos; aunque sea diferente, es parte del grupo, esa proximidad a distancia –valga la paradoja– es la que define su condición de extranjero.

Para Simmel, el extranjero es alguien que se desplaza de una sociedad hacia otra, pero no se trata, desde el punto de vista social, de cualquier inmigrante ni de cualquier sociedad: es el comerciante que se desplaza hacia una sociedad relativamente autárquica y sedentaria, quien encarna la figura emblemática del extranjero. El comerciante es, en ese contexto, una figura exterior; el que trae productos que se pueden obtener únicamente desplazándose, el que facilita el intercambio entre comunidades y que a veces lo inventa, en todo caso, en sus formas más innovadoras. Según el autor, lo que define al comercio y su forma sublimada, que son las finanzas, es la movilidad. Desde el punto de vista de su estatus social, las relaciones que el extranjero entabla con los demás se limitan principalmente a la esfera económica contingente del intercambio; no mantiene relaciones orgánicas con los sedentarios: ni de parentesco, ni de participación en grupos profesionales, ni de vida comunitaria. La comunidad no puede ejercer sobre el extranjero el mismo control social que ejerce sobre sus miembros, esto es, un control basado en una cierta reciprocidad diferida, ligada a los lazos existentes entre ellos. Ello no significa, sin embargo, que el extranjero no participe de la vida del grupo, se trata de una participación a distancia.

Esta combinatoria entre cercanía y distancia se expresa en la objetividad del extranjero, también señalada por Schutz, aunque por otras razones. La objetividad, para Simmel, proviene de la posición social del extranjero, específicamente, de su desarraigo con respecto a las particularidades del grupo. Esto es lo que hace que se sitúe en sus márgenes, sin que ello signifique desinterés por el grupo, sino más bien una mezcla de atención e indiferencia. Y esto tiene sus ventajas: en ocasiones se recurre al extranjero para zanjar litigios acaecidos entre los miembros del grupo, ya que se le supone menos ligado a intereses particulares; a veces juega el papel de confidente de secretos que difícilmente son revelados al interior del grupo, por temor a que sean rápidamente difundidos en la comunidad. Pero su falta de lazos orgánicos con el grupo tiene también inconvenientes y peligros, el principal es el de convertirse en chivo expiatorio en caso de conflicto; es la víctima ideal a la que se le puede atribuir todos los males, justamente por su exterioridad. Es cierto que el extranjero –en concordancia con la opinión de Schutz– es más libre desde el punto de vista práctico y teórico, examina las relaciones con menos prejuicios y las somete a modelos más generales; toda vez que pareciera no respetar la tradición, ni la piedad, ni a sus predecesores, aunque todo ello, en ocasiones, se vuelva molesto.

Otro aspecto importante señalado por Simmel –aunque no sólo por él– se refiere a la referencia lingüística con que se nombra al extranjero: se le consigna a través de la tercera persona del singular, no obstante, raramente se le considera un individuo singular. La actitud hacia el extranjero es más bien general y abstracta, es percibido no en función de sus características particulares sino como exponente categorial; no es definido por sus cualidades personales: simpático/antipático, grande/pequeño, etc.; es, antes que nada, extranjero; distancia y proximidad hacia él resultan de la percepción del otro en virtud de su estatuto general. Simmel toma por caso la situación de los judíos en la edad media con respecto al pago de impuestos; para los cristianos el monto de los impuestos varía en función del monto de sus respectivas fortunas; en cambio, los judíos tributaban igual cantidad, sea cual fuera su ingreso. Es la pertenencia a la categoría *judío* la que define el monto de los impuestos y no el poder económico individual, como en el caso de los cristianos. Un ejemplo más reciente –que tuve la oportunidad de estudiar– está referido a la solicitud de asilo en Suiza. El solicitante no recibe un trato social en correspondencia a sus cualidades personales, sino en estrecha relación con el rol asignado a quien demanda el asilo político. Si los ciudadanos suizos o residentes permanentes reciben ayuda social en función de sus características individuales (ausencia de trabajo o ingreso insuficiente) los solicitantes están obligados a seguir un itinerario determinado: vivir de la ayuda social y residir en un centro especialmente habilitado para ellos, cualquiera que sean sus características personales. Aún más, el monto de la ayuda recibida no llega a la mitad de la que recibe un residente, como si sus necesidades básicas personales fuesen menores en virtud de la pertenencia a una categoría general (Bolzman, 2001).

Para sintetizar la perspectiva de Simmel, el extranjero mantiene entonces una relación de proximidad y distancia con respecto a los miembros del grupo originario, debido a su inserción económica específica y a su movilidad potencial.

Elias y las relaciones de interdependencia

Una perspectiva sociológica complementaria es la desarrollada por Norbert Elias. Para este autor, no es posible evocar el tema del extranjero independientemente de los que se definen como *no-extranjeros*. Se trata de dos figuras elaboradas a partir de relaciones de dependencia intergrupales. Para Elias, el extranjero es un constructo social que tiene por función cohesionar y valorar a los que se definen como no-extranjeros. Si el extranjero no existiera, podría igual ser completamente inventado. Elias elabora esta tesis a partir de su estudio —en colaboración con John Scotson (1965)— referida a la situación concreta de un suburbio obrero inglés, que los autores denominan *Winston Parva*, para preservar su anonimato. Se trata de un conjunto habitacional en el que residen principalmente obreros blancos protestantes que trabajan en su mayoría en las mismas empresas y ocupan puestos similares. La única diferencia es que algunos han llegado al barrio antes y otros después; esta diferencia mínima va a constituir la base para crear barreras infranqueables entre ambos grupos. Haber llegado *después* a un lugar en donde ya existe un grupo establecido es factor suficiente para ser considerado extranjero. En efecto, las familias que llegaron al suburbio *antes* se consideran mejores que las nuevas, estas últimas son objeto de segregación, estigmatización y rechazo por parte de las *antiguas*, aunque no se diferencian entre sí ni desde el punto de vista étnico, ni lingüístico, ni cultural, ni de clase. El estudio demuestra que se puede *construir* a otros como radicalmente distintos, aunque sean similares, y como inferiores, aunque sean iguales; es la dinámica del poder y de la identidad las que explican un racismo sin raza o formas de exclusión sin fractura económica.

El grupo de los establecidos (*established*) se siente amenazado en su posición social y en su identidad por los recién llegados, los *outsiders*. Siendo así, los primeros intentan consolidar su poder y una autoimagen positiva utilizando toda clase de argucias para mantener alejados a los segundos de los lugares de decisión (juntas de vecinos, iglesias, clubes), reforzando así su propia cohesión social. Al insistir en la fractura y minimizar lo que los une, los *established* crean la sensación de que existen diferencias naturales entre los dos grupos. Atribuyen, sistemáticamente, todo lo positivo a sí mismos y todo lo negativo a los otros, jerarquizando de esta manera las diferencias que les proporcionan una identidad positiva; alcanzan mayor valoración en tanto que los *outsiders* sean considerados como seres humanos de inferior calidad. A través de mecanismos socio-cognitivos complejos —generaliza-



No es posible evocar el tema del extranjero independientemente de los que se definen como *no-extranjeros*

ción y moralización— se erige en ley lo que no pasa de ser mera casuística de comportamientos autorreferidos cuando es menester asignarles grandeza, y causal de rechazo lo que compromete las conductas del otro: *nuestros hijos son bien educados y estudiosos, los suyos no respetan la autoridad, son todos delincuentes* —se argüirá. Asimismo, en virtud de un proceso de violencia simbólica, en el que se utilizan relatos con base en simples rumores, los miembros *outsiders* son sistemáticamente degradados y descalificados; se les describe en términos de suciedad y asco: se designa el sector en donde residen como *agujero de ratas*.

Lo que se busca a través de estos ataques es presentar a los *outsiders* como naturalmente inferiores y, por ende, a los miembros del otro grupo como superiores. Elias subraya que las características de unos y otros no existen más que en la relación, es decir, en el interior de un sistema de interdependencias que se va construyendo lentamente; allí, mientras unos pretenden representar la norma, los otros encarnan su reverso, por tanto, para comprender la supuesta *anomia* de los unos, es necesario estudiar cómo se produce la *nomia* de los otros². Cabe agregar, sin embargo, que los *established* no sólo logran producir esta imagen dualista para su propio consumo, sino que además obtienen que los *outsiders* la compartan, llegando a interiorizar la superioridad moral de los primeros; o sea, la estigmatización del grupo *outsiders* tiene efectos sobre las consciencias individuales de cada uno de los miembros de esa categoría. La falta de cohesión interna de los recién llegados les hace más difícil su defensa ante los nuevos ataques y terminan por creerse los estigmas que les son atribuidos. Estamos en presencia de lo que Robert Merton llama *profecía autocumplida*.

Los prejuicios hacia los *outsiders* no resultan entonces —al menos únicamente— de la socialización de los *established*, de su estilo cultural, como podría pensarse a partir del modelo de Schutz; tales prejuicios no tienen como fundamento la integración social, toda vez que cohesionan al grupo dominante rechazando una parte de la población. Según la perspectiva de Elias, el extranjero es, entonces, un *outsider*, y es construido como tal a fin de mantenerlo socialmente a distancia, en una posición de inferioridad sin amenazar el lugar dominante de los *established*, facilitando así la cohesión interna y reforzando la autoimagen positiva de estos últimos. Este proceso viene reforzado por la creencia que el sedentarismo es la norma, y la movilidad es la excepción. Los *established* estiman que son los que están en movimiento quienes tienen que adaptarse a ellos y que este proceso es unilateral: desde sus perspectivas, no amerita ningún esfuerzo adaptarse a los recién llegados.

Sayad y el trabajador inmigrante: una figura ilegítima y su utilidad necesaria

Sayad (1991) comparte la idea según la cual el sedentarismo es la forma dominante de organización social. Pero para él, se trata fundamentalmente de un sedentarismo socio-político ligado a la estructuración del mundo en estados-naciones. La movilidad al interior de los estados aparece como legítima, nadie se sorprende de que alguien se mude de una ciudad a otra por toda clase de motivos. La movilidad interestatal, en cambio, aparece como un hecho que escapa a la norma, es impensable; cuando acontece amerita ser justificada. En un mundo dominado por la lógica económica, el trabajo pasa a ser la justificación legítima de una movilidad que de otra manera sería injustificable. Sin embargo, no se trata de cualquier trabajo: el extranjero ha de probar que su presencia está ligada a trabajos útiles para la economía que lo alberga, y no debe competir con los nacionales, cuya prioridad en el mercado del trabajo es presentada como natural.

La imagen de extranjero que maneja Simmel también justifica su presencia a través del rol económico que desempeña, en tanto capaz de establecer un puente entre el interior y el exterior sirviéndose de la actividad comercial. Para Sayad, no obstante, la figura emblemática del extranjero es el trabajador inmigrante, un trabajador a menudo de origen rural, proveniente de una sociedad periférica que debe proletarizarse y subordinarse a los intereses de la economía de una sociedad industrializada; no es un intermediario sino un explotado. Aún más, en el imaginario colectivo el término mismo de *trabajador inmigrante* o de *inmigrante* a secas, se convierte en sinónimo de obrero, tenga o no cualificación profesional. Inmigrante y obrero son, además, objeto de la misma codificación social, aquella que fija en todos los ámbitos el rango que se les debe otorgar: sueldo mínimo, mínimo de ganancias para un mínimo de consumo, mínimo de consideración, etc. Este trabajador es la encarnación del hombre-labor: pura fuerza productiva que hay que alimentar permitiéndole que repose lo justo y necesario. No por azar, el tema de la alimentación –ganarse el pan– atraviesa el discurso de los trabajadores inmigrantes. Si el inmigrante soporta su condición estoicamente, lo hace convencido de que trabaja para su prosperidad, aunque su esfuerzo, en definitiva, se resuelva sobre todo en la prosperidad de los demás.

Desde el momento en que el inmigrante se encuentra *vacante* (parado, enfermo, inválido, accidentado, jubilado), es decir, cuando deja de ser un trabajador, de tener un papel económico que legitime su presencia, la inmigración es cuestionada; desde el instante en que no puede mostrar utilidad, su presencia se torna problemática. Incluso cuando obtiene trabajo, su presencia es percibida como provisoria; y el inmigrante interioriza tal condición, al punto que no llega a concebir su presencia sino bajo la forma de la transitoriedad, ya que todo se orienta a recordarle que su presencia permanente carece de



En el imaginario colectivo el término mismo de *trabajador inmigrante* se convierte en sinónimo de obrero, tenga o no cualificación profesional

sentido, constituye una anomalía que debe ser reparada retornando al estado de origen más temprano que tarde. En ese contexto, no puede concebir su estadia en la nueva sociedad más que como ruptura de la normalidad que se prolonga mientras no retorne a su sociedad natal; vivirá permanentemente con la nostalgia de un universo donde tuvo un lugar no sólo como trabajador, sino también como ser humano multidimensional. En virtud de lo anterior, Sayad llega a decir que *la nostalgia es un pensamiento del estado*, es el estado quien la impone; en tanto inmigrante y extranjero, el individuo no será reconocido nunca como sujeto de pleno derecho en la sociedad que lo recibe; por eso sueña con el retorno, retorno mítico y constantemente postergado³, en la medida en que las condiciones estructurales para el regreso se dan sólo para una minoría. Se construye de esta manera una *doble ausencia* (Sayad, 1999) del inmigrante frente a ambas sociedades de referencia.

Discusión

A través de este recorrido, necesariamente esquemático, hemos visto que existe una pluralidad de perspectivas que nos ayudan a comprender cómo alguien que se desplaza –aunque su desplazamiento sea mínimo– puede convertirse en extranjero. Con Schutz, descubrimos que podemos transformarnos en extranjeros cuando interactuamos con grupos de personas que han sido socializadas de manera diferente a la nuestra. Nos convertimos, de esta manera, en imprevisibles para ellos y viceversa, en un contexto en donde la gran mayoría ha sido socializada para compartir una cultura implícita. Con Simmel, observamos que la movilidad potencial, la relativa exterioridad en que ella nos sitúa con respecto a un grupo sedentario, es la que nos transforma en extranjeros. Con Elias, constatamos que el grupo establecido puede exagerar las diferencias con respecto a los que se han agregado *a posteriori*, a fin de darse cohesión y señalar supremacía. Muchos grupos retratan negativamente a otros, definidos como extranjeros, para darse una identidad positiva, en particular cuando se siente amenazado en su *status*. El extranjero es, entonces, quien se construye a través de diferencias de socialización y que se percibe y es percibido como diferente desde el punto de vista cultural. Estas diferencias pueden ser acentuadas a través de la interacción social, toda vez que el extranjero no participa de las mismas redes y sí tiene una inserción económica específica. No obstante, como muestra Elias, un igual puede ser producido como un diferente e inferior a partir de distinciones mínimas para dar cohesión, importancia y prestigio al grupo que lo fabrica y lo segrega.

Schutz, Simmel y Elias estudian mecanismos generales de las relaciones sociales. Sayad, el cuadro institucional sociopolítico. Este autor subraya las paradojas de la movilidad contemporánea *natural*, cuando se produce en el interior de un estado, y su complejidad cuando atraviesa fronteras estatales, a pesar de los procesos de globalización. Con el incremento de las migraciones

internacionales, el desfase entre la manera de presentar la cohesión de las comunidades políticas y el dato proveniente de la multiplicidad de pertenencias que vive un número creciente de individuos tiende a hacerse más visible. Se plantea, entonces, el problema del reconocimiento de la complejidad, de la diferencia como dimensión constitutiva del grupo. La perspectiva intercultural indica algunos procesos que pueden facilitar ese reconocimiento. Nos parece pertinente, para terminar, situarlos en relación con los enfoques de los autores examinados.

Para Schutz, la negociación intercultural es un trabajo que debe ser realizado sobre todo por el extranjero. De alguna manera subestima el rol de los miembros del grupo de acogida en esa negociación. En efecto, la actitud más o menos abierta de ese grupo puede facilitar o dificultar la integración del extranjero en el nuevo entorno.

Desde el punto de vista de Simmel, el extranjero es construido en interacción y sólo se le reconoce en una posición marginal. Se le acepta en su diferencia, pero se le obstaculiza el acceso a la otra dimensión de la interculturalidad; la posibilidad de construir un mundo común con los demás.

Según Elias, el reconocimiento del Otro por el grupo establecido, su aceptación positiva, es problemática. Los *outsiders* deben luchar por obtenerla en una negociación fuertemente asimétrica. Sólo por medio de la acumulación de recursos, sociales y culturales, el grupo de *outsiders* puede hacer valer su punto de vista a los establecidos. La negociación intercultural nunca será, entonces, un río tranquilo.

En lo que respecta a Sayad, la legitimidad del extranjero es problemática y debe justificarse constantemente. Esta fragilidad estructural posiciona al extranjero en desventaja en el momento de tratar de establecer una relación intercultural.

El recorrido que hemos hecho nos faculta para pensar que la imagen del extranjero sobrevivirá, pero adherida a nuevos contenidos, en los cuales es deseable que las fronteras intergrupales tengan una mayor permeabilidad. Un enfoque intercultural bien entendido puede facilitar el trabajo de abrir porosidades en esas fronteras.



La imagen del extranjero sobrevivirá, pero adherida a nuevos contenidos

Claudio Bolzman
Escuela de Trabajo Social
Universidad de Ciencias Aplicadas
de Suiza Occidental (HES-SO/Genève)
claudio.bolzman@hesge.ch

Bibliografía

Bolzman, C. (2001). “Politiques d’asile et trajectoires sociales des réfugiés: une exclusion programmée? Le cas de la Suisse”. En: *Sociologie et sociétés*, vol. 33, núm. 2, 133-158.

Bolzman, C. (2002). “Potentialités et dangers de l’approche interculturelle dans l’action sociale”. En: E. Jovelin (éd.). *Le travail social face à l’interculturalité*, París: L’Harmattan.

Bolzman, C. (2009). “Modèles de travail social en lien avec les populations migrantes: enjeux et défis pour les pratiques professionnelles”. En: *Pensée Plurielle*, 2, núm. 21, p. 41-51.

Bolzman, C.; Fibbi, R.; Vial (2001). “La famille: une source de légitimité pour les immigrés après la retraite? Le cas des Espagnols et des Italiens en Suisse”. En: *Revue Européenne des Migrations Internationales*, vol. 17, núm. 1, p. 55-78.

Cohen-Emerique, M. (2011). *Pour une approche interculturelle en travail social, Théories et pratiques*. Rennes: Presses de l’EHESP.

Elias, N.; Scotson, J. L. (1997). *Logiques de l’exclusion*. París: Fayard.

Park, R. E. (1928). “Human Migration and the Marginal Man”. En: *American Journal of Sociology*, vol. 33, núm. 6, p. 881-893.

Sayad, A. (1991). *L’immigration ou les paradoxes de l’altérité*. Bruxelles: De Boeck-Wesmael.

Sayad, A. (1999). *La double absence. Des illusions de l’émigré aux souffrances de l’immigré*. París: du Seuil.

Schutz, A. (1964). “The stranger. An essay in social psychology”. En: A. Schutz. *Collected Papers II: Studies in social theory* (pp...). The Hague: Martinus Nijhoff.

Sayad, A. (1964b). “The homecomer”. En: A. Schutz. *Collected Papers II: Studies in Social Theory* (pp. ...). The Hague: Martinus Nijhoff.

Simmel, G. (1979). “Digressions sur l’étranger”. En: P. Fritsch & I. Joseph (Eds.). *L’école de Chicago: naissance de l’écologie urbaine*. París: Champ Urbain.

-
- 1 *The stranger* es además el título del ensayo en el cual Schutz (1964) desarrolla esta argumentación.
 - 2 La noción de anomía fue introducida en la sociología por Emile Durkheim. Desde el punto de vista etimológico, *nomos* en griego significa orden; anomía significa, entonces, desorden, ausencia de normas.
 - 3 Como pudimos observar en el caso de los inmigrantes españoles e italianos que llegaron a trabajar en Suiza en los años 1950 y 1960 (Bolzman, Fibbi & Vial, 2001).
-